

# LOS USOS Y ABUSOS DE LA TEORÍA FRANCESA DEL DISCURSO: LECTURAS EQUIVOCADAS DE LACAN Y DEL ORDEN SIMBÓLICO

D.S. AOKI

TRADUCTORA: MARTINA LASSALLE

PÁGINAS 200 - 224

En un artículo titulado “Los usos y abusos de las Teorías francesas del Discurso para la Política Feminista”, Nancy Fraser reconstruye una lectura típico-ideal de Lacan con el objetivo de iniciar una polémica: “las feministas no deberían tener ninguna relación con Lacan” (1992<sup>a</sup>: 56, 51). Se equivoca, pero no está sola. Dorothy Leland argumenta que la teoría lacaniana no cumple con “los criterios básicos para una psicología política adecuada” (1992: 113) y Jane Flax advierte que es “profundamente antifeminista en sus contenidos y sus consecuencias” (1990<sup>a</sup>: 100). Tales ejemplificaciones de la disociación entre el feminismo y la obra de Lacan parecen una especie de sinécdoques hiperbólicas – aunque tendenciosas – de las relaciones controvertidas entre el feminismo y el psicoanálisis en general. Esta sinécdoque entre el feminismo y el psicoanálisis en general, que hace las veces de la relación del primero con Lacan, es interesante ya que la proverbial dificultad de este último suscita que la crítica que lo toma por objeto esté ineluctablemente ligada a la contingencia de las prácticas específicas a través de las cuales se lo lee. Por consiguiente, la crítica hostil por parte de la lectura “feminista anglófona típico-ideal” es profundamente sospechosa puesto que repite las propias estructuras psicoanalíticas que busca desmentir.

## **EL GLISSEMENT DEL ORDEN SIMBÓLICO/SIMBOLICISTA**

Fraser comienza planteando un conjunto de criterios, bastante acertados, a partir de los cuales declara la utilidad de una teoría del discurso para la práctica feminista: aquella debería articular cuatro momentos de la subjetividad: la producción del sujeto en el nivel individual y colectivo (primer y segundo momento), y las políticas intersubjetivas en términos de hegemonía y contra-hegemonía (tercero y cuarto) (1992<sup>a</sup>: 54). Subsumiendo todos estos momentos hay una insistencia en la *pluralidad*, esto es, una complejidad social políticamente condicionada que se define a través de la multiplicidad (la condición de ser más de uno) y de la heterogeneidad (la condición de ser diferente). La especificidad histórica y social proyecta esta pluralidad en los ejes diacrónicos y sincrónicos, designándolos en los términos más habituales de cambio a través del tiempo y diferencia en el espacio “cultural”. Tal pluralidad así valorizada define negativamente su propia *bete noire*, concretamente la monoliticidad, una homogeneidad y unificación en las dimensiones sincrónica y diacrónica. La adecuación de cualquier teoría del discurso, entonces, recae en cuán efectivamente ella compromete la pluralidad, sincrónica y diacrónica, en la producción del sujeto y en las políticas intersubjetivas; su inadecuación se corresponde con su *monoliticidad*. Estos criterios concuerdan con el doble estándar que postula Leland para una adecuada psicología política: el reconocimiento de ‘el fundamento de la opresión internalizada en instituciones y prácticas cultural e históricamente determinadas’, y la afirmación de la posibilidad de que “la opresión psicológica pueda, al menos en ciertas condiciones y en alguna medida, ser trascendida” (1989: 82). Por todas estas cuestiones, Fraser declara el irremediable fracaso de la teoría lacaniana porque es, según el neologismo con que lo expresa, profundamente “simbolicista” (1992a: 57)<sup>1</sup>.

Con el término *simbolicismo*, Fraser se refiere, primero, a ‘la reificación homogeneizante de las diversas prácticas significantes en un “orden simbólico” monolítico y omnipresente’, y, segundo, a ‘la atribución de tal orden de un poder causal, exclusivo e ilimitado para fijar las subjetividades de una vez y para siempre’. Desde su perspectiva, dado que Lacan toma de Saussure su concepción del lenguaje, hereda de éste su jerga simbolicista, que luego aplica a la producción del sujeto. Fraser hace referencia a la inconsistencia de su punto de partida mediante una reformulación del célebre carácter arbitrario del signo saussureano, donde encuentra “una concepción monolítica del significado” (1992<sup>a</sup>: 57, 56). Y lo que es aún más importante, la autora hace una lectura reduccionista del modo en que Saussure es retomado por Lacan ya que, si bien éste último efectivamente hace referencia y adapta la semiótica saussureana, no lo hace sino a través de las mediaciones críticas de Jakobson y de Benveniste, entre otros.

En su *Fundamentos del Lenguaje* (1956), Jakobson teoriza la metáfora y la metonimia como los ejes de toda

operación lingüística. Lacan retoma esta formulación para afirmar que el orden Simbólico no es en absoluto monolítico en sus modos de significar. En cambio, la metáfora, como sustitución de un término por otro, engendra la multiplicidad paradigmática, de la misma manera que la metonimia, como el encadenamiento de un término con otro contiguos, engendra indeterminación sintagmática (Lacan: 1997f: 156-9). *Contra* Fraser, ambos tropos prototípicos dan inicio a su preciada pluralidad sincrónica. En lugar de un orden Simbólico tan inmóvil en el que “es inconcebible cómo podría darse alguna innovación lingüística”, el deslizamiento y el movimiento son sus momentos constitutivos (Fraser, 1992<sup>a</sup>: 59). Incluso si se considera que el orden Simbólico tiene una estructura fija – y Lacan niega específicamente una fijeza tal, como argumentaré más abajo – la metáfora y la metonimia rompen la fijeza de sentido, ramificando y haciendo proliferar los significados indefinidamente a través de esa estructura. Para Lacan, es esta ruptura lingüística la que determina la indeterminación del sujeto.

En consecuencia, mientras que, en términos generales, es correcta la lectura de Fraser según la cual Lacan “articula la problemática freudiana de la construcción de la subjetividad de género al modelo de la lingüística estructural de Saussure” – pero puntualicemos que Lacan transforma también a Saussure –, esa misma lectura correcta socava su argumento más general según el cual Lacan inmoviliza el sujeto en el orden Simbólico (Fraser, 1992<sup>a</sup>: 56). Al hacer converger la lingüística estructuralista y el psicoanálisis, Lacan mapea los polos jakobsianos constituidos por la metáfora y la metonimia ubicándolos sobre los freudianos de la condensación (*Verdichtung*) y el desplazamiento (*Verschiebung*) respectivamente, de modo tal que el discurso y sus tropos desestabilizantes constituyen no sólo la consciencia del sujeto hablante, sino que también el inconsciente mismo. De ahí el aforismo lacaniano según el cual “*el inconsciente está estructurado como un lenguaje*” (Lacan, 1977f: 155-66, 1981: 20, bastardillas en el original). Dado que Lacan efectivamente subordina el sujeto al orden Simbólico, la producción plural del sujeto, en el discurso consciente e inconsciente, no es inmutable, como sostiene Fraser, sino que es puesta irrevocablemente en movimiento y en desplazamiento. La inquietante conexión entre la subjetividad y el lenguaje se hace más explícita por las coincidencias entre la teoría lacaniana de lo Simbólico y el trabajo de Benveniste sobre los “*shifters*”, en términos de Jakobson. Éstos consisten en palabras tales como “yo”, la cual designa el “sujeto de la enunciación, pero no lo define” (Lacan, 1977h: 298) puesto que la indicación del sujeto es radicalmente contingente en las circunstancias de la enunciación:

*No existe un concepto “yo” que incorpore todos los “yoes” que son proferidos a cada momento por las bocas de todos los hablantes, en el sentido en que existe un concepto “árbol” al cual se refieren todos los usos individuales de árbol. El “Yo”, entonces, no denomina ninguna entidad léxica. . . . Estamos en presencia de un tipo de palabras, los “pronombres personales”, que escapan al estatus de todos los demás signos del lenguaje. Entonces, ¿a qué refiere Yo? A algo muy peculiar que es exclusivamente lingüístico: Yo refiere al acto de discurso individual en el cual se pronuncia, y con esto se designa al hablante. Es un término que no puede ser identificado excepto en lo que hemos llamado en otro lado una instancia del discurso, y que sólo tiene una referencia momentánea. La realidad a la cual refiere es a la realidad del discurso. . . . Y entonces es literalmente cierto que las bases de la subjetividad se encuentran en el ejercicio del lenguaje (Benveniste, 1971: 226, énfasis en el original)*

La formulación de Benveniste tiene, al menos, dos consecuencias críticas. Primero, contrasta específicamente el shifter “Yo” con el ejemplo saussureano de “árbol” como signo; y el shifter, como acto del “discurso individual”, pertenece no a la *langue* sino a la *parole*. De este modo, Benveniste, así como Lacan junto con él, ya se encuentran por fuera de la teoría saussureana del lenguaje. Segundo, el shifter cambia la posición del sujeto en el interior del supuestamente monolítico Orden Simbólico (Lacan, 1977g: 182-3, 186-7, 1977h: 298-9).

Este somero análisis de las influencias que recibe Lacan de Jakobson y de Benveniste plantea dos objeciones decisivas para Fraser. En primer lugar, la polisemia producida a través de la metáfora, la metonimia y el shifter socavan su argumento según el cual el orden Simbólico lacaniano es monolítico. En segundo lugar, ese preciso argumento se sostiene en la forclusión de Jakobson y de Benveniste, y en el consecuente ocultamiento de sus inflexiones al orden Simbólico lacaniano.

No obstante, no sorprende que Fraser ataque el Simbólico lacaniano por su supuesta monoliticidad, ya que la presencia de un orden Simbólico se encuentra en la base de la lectura típico-ideal sobre Lacan. Así, pues,

Deborah Cameron caracteriza el orden Simbólico como un orden estático y monosémico de significados, haciendo corresponder uno-a-uno el significante y el significado (1985: 129); Jane Flax acusa a Lacan de reducir “la compleja multiplicidad inherente a toda escritura a una inalterable, “natural” e incuestionable unidad” (1990a:92); Judith Butler, en un análisis que en otros aspectos es convincente e incisivo, escribe que el lenguaje lacaniano “estructura el mundo mediante la supresión de múltiples significados (que siempre remiten a la multiplicidad libidinal que caracteriza las relaciones primarias del cuerpo maternal), y los reemplaza por significados unívocos y diferenciados” (1990:79). Lo que resulta sorprendente es que estas autoras extraen semejante fijeza de los textos lacanianos, los cuales no sólo son conocidos por su dificultad y su volatilidad, sino que también por las múltiples interpretaciones que genera esa propia complejidad que le es inherente. Denigrado por sus detractores como oscuro, y enaltecido como poético por sus admiradores, Lacan se las arregla para ser ambos simultáneamente, tal como Shoshana Felman lo reconoce al comienzo de los *Écrits*:

*Un gran número de páginas que leía parecían efectivamente incomprensibles, pero al mismo tiempo me afectaron profundamente. La escritura de Lacan es como la de Mallarme – una prosa poética oscura y enigmática, a la vez que poderosa y efectiva (1987:5)*

Incluso en esas ocasiones infrecuentes en las que el texto de Lacan es simple y llano, sostiene, en contra de lo que afirman Fraser y compañía, que el orden Simbólico no es en absoluto unívoco y monosémico:

*... Uno sólo tiene que escuchar poesía... porque al hacerlo se vuelve claro que todo discurso está alineado sobre los varios pentagramas de una partitura. En efecto, no hay cadena significante que no tenga, como enganchados a la puntuación de cada una de sus unidades, una total articulación de los contextos pertinentes, como si pendieran ‘verticalmente’ de aquel punto (1977f:154)*

Y

*El término que comúnmente uso, a saber, la cadena significante, da una idea aproximada: anillos de un collar que es un anillo de otro collar hecho de anillos (2977f:153)*

Para hacer el retorno lacaniano a Freud, ¿no es la intersección de la subjetividad con esta polivocidad manifiesta como la sobredeterminación de las imágenes oníricas y la imbricación de los deseos en el sueño, el aporte más decisivo de *La Interpretación de los Sueños*? ¿Y el movimiento de esta cadena polívoca en el discurso no contradice la opinión de Fraser según la cual Lacan adopta la teoría saussureana en su totalidad, dejándola intacta?

Lo que es característico de Lacan no es precisamente una fiel sinopsis de Saussure, sino su plural inversión. En el orden Simbólico lacaniano, el significante adquiere relevancia por sobre el significado, invirtiendo de este modo el signo saussureano. Y más aún, el lazo constitutivo que originalmente une el significante con el significado se rompe irrevocablemente (Lacan, 1977f:149). Esta ruptura del signo, este hueco instalado en el corazón del orden Simbólico, contradice la afirmación de Flax según la cual para Lacan “el significante es la palabra o el concepto que de algún modo nombra o representa arbitrariamente una “cosa”” (1990a:190). Su interpretación es una caracterización llamativa incluso del signo saussureano tradicional, el cual, como es sabido, “une, no una cosa con un nombre, sino un concepto con una imagen acústica” (Saussure, 1959:66). En comparación con la reducción a la simple referencia de Flax, se aprecia mejor a Saussure considerando su propio tropo del significante y el significado como los dos lados de una hoja de papel. Pero aquí nuevamente, Lacan produce un desplazamiento crítico. El significante lacaniano, en lugar de fusionarse verticalmente con el significado para constituir el signo, se concatena lateralmente con otros significantes en una cadena que se

**DIFERENCIA(S)** revista de teoría social contemporánea desliza continua e interminablemente sobre el significado, en un *glissement* (Lacan, 1977f: 154)<sup>2</sup>. El significado es, por lo tanto, desplazado, no sólo espacialmente a través de los pentagramas de una partitura, sino también temporalmente en el *glissement* de la cadena significante (Lacan, 1977h: 303; Žižek, 1989: 100-2). Lo Simbólico es una ‘fórmula... para una cartografía de convenciones que permanece siempre graduable’ (Wright, 1989: 143). En palabras de Lacan,

*Lo que esta estructura de la cadena significante revela es mi posibilidad, precisamente puesto que tengo este lenguaje en común con otros sujetos, esto es, en la medida en que éste existe como lenguaje, de usarlo para significar algo totalmente otro de lo que dice (1977f:155, énfasis en el original)*

En lugar de sustentar un lenguaje monolítico, “es precisamente contra de la noción de orden simbólico estático... que Lacan dirige su ataque” (Wilden, 1968b:230). El Orden Simbólico se caracteriza, entonces, no por su fijeza, sino por los desplazamientos múltiples; no solamente por la sincronía, sino por la sincronía y la diacronía; y, por consiguiente, no por la monoliticidad sino por la pluralidad.

## LA POLIVALENCIA POLIVALENTE DEL ORDEN SIMBÓLICO

De este modo, la desacertada lectura de Lacan como el hijo fiel de Saussure, induce a equipararlo erróneamente con la preocupación saussureana por lo sincrónico. Fraser lee el orden Simbólico enfatizando “una condición ahistórica permanente” (1952a: 59), mientras que Flax sostiene que “es casi imposible identificar los aspectos históricamente variables y cambiantes de las relaciones de dominación desde el momento en que son postulados como efectos de la lógica universal del lenguaje” (1990 a: 91). No obstante, es el propio Lacan quien introduce el orden Simbólico en la historia al plantear que el significante y el significado se encuentran intrincados en dos cadenas mutuamente conectadas, pero no cementadas:

*La primera cadena, la del significante, es la estructura sincrónica de la materialidad lingüística... La segunda cadena, la del significado, es el conjunto diacrónico de los discursos concretamente pronunciados, la cual repercute históricamente en la primera, así como la estructura de la primera gobierna el recorrido de la segunda (1977e:126, énfasis en el añadido)*

Más específicamente, aunque Fraser afirma que “es inconcebible cómo podría producirse una innovación lingüística” en el orden Simbólico (1992a: 59), Lacan no tiene dificultad en concebir una innovación de tal tipo:

*A través de los tiempos, en toda la historia de la humanidad, presenciamos el progreso a los que estaríamos equivocados en considerar como circunvoluciones. Éstos son los progresos del orden Simbólico. Observen la historia de una ciencia como la matemática. Durante siglos se estancó en problemas que hoy son transparentes para un niño de diez años... El progreso de la matemática no es un progreso del poder del pensamiento del ser humano. Se produce el día en que algún hombre piensa en inventar un signo como éste,  $\sqrt{\quad}$ , o como éste,  $f$ . En eso consiste la matemática. La posición en la que estamos [como psicoanalistas] es diferente, más difícil. Porque tenemos que vérnoslas con un símbolo en extremo polivalente. Pero sólo en la medida en que formulemos exitosamente, de una manera adecuada, los símbolos de nuestra acción, es que daremos un paso adelante (1988: 274-5, énfasis añadido).*

Si la matemática, quizás el principal ejemplo de la lógica universal, resulta ser proteica y en absoluto invariante, entonces el lenguaje “extremadamente polivalente” del Yo debe ser mucho menos monolítico. A la luz de lo anterior, la acusación típico-ideal según la cual el orden Simbólico es ahistórico se vuelve particularmente desconcertante, puesto que la exposición teórica de Lacan obviamente abreva el discurso y la sesión psicoanalítica. Cualesquiera sean las reservas y las objeciones que puedan y deban ser legítimamente esgrimidas contra la eficacia (e incluso la eticidad) de la ‘cura por la palabra’, debe reconocerse que está teóricamente comprometida con la repetición de la historia del sujeto. En el análisis, el analizante pone en práctica lo que Anthony Wilden llama “rememoración”, la reconstrucción y el atravesamiento terapéutico de su pasado (1968b: 208). ‘Lo que efectivamente está en juego aquí es, literalmente, el *recuerdo* del pasado, por ejemplo, el modo en que la rememoración del pasado soporta la posición enunciativa del sujeto en el *presente*, cómo transforma el lugar mismo desde el cual habla (es hablado) el sujeto’ (Žižek, 1992:33, énfasis en el original). El psicoanálisis, cuya intervención terapéutica en la subjetividad se limita al lenguaje, debe suponer necesariamente tanto la naturaleza polisémica de lo Simbólico, así como la posibilidad de su reinterpretación a lo largo del tiempo. Para citar la frase resonante de Copjec, “en el orden [Simbólico], el pasado *no* es inmortal” (1989: 232, énfasis en el original). Más aún, es la teorización lacaniana del orden Simbólico como convergente con el lenguaje, con la subjetividad y con la intersubjetividad la que confiere eficacia a esta mutabilidad lingüística para descentrar el sujeto. La esencia del abordaje analítico es la transformación retroactiva de la subjetividad, el nuevo posicionamiento de los shifters “Moi” y “Je”. La historicidad consumada que se encuentra en el centro de este abordaje es desconocida por la lectura típico-ideal cuando omite la diacronía del orden Simbólico, del mismo modo en que omite su polivalencia sincrónica. Para ser más precisos, la ruptura de la monoliticidad que efectúa el orden Simbólico ocurre simultáneamente en el eje espacial y en el eje temporal. Más allá de la polisemia sincrónica heredada de Jakobson y de Benveniste, existe un movimiento diacrónico al *interior* del orden Simbólico, así como una transformación diacrónica *de éste*<sup>3</sup>.

No obstante, la monoliticidad es tan sólo la primera acusación de simbolicismo que Fraser dirige contra el orden Simbólico. También critica a Lacan por ‘conferirle a aquel orden un poder causal exclusivo e ilimitado que fija las subjetividades de una vez y para siempre’. Su argumento según la cual esta ‘fijación’ del sujeto es permanente ya ha quedado categóricamente desautorizado por la mutabilidad e historicidad del orden Simbólico.

Consideremos, entonces, el otro aspecto de esta segunda acusación, esto es, que la “fijación” por el orden Simbólico es tanto exclusiva como ilimitada. Como acostumbra a hacerlo en “Usos y Abusos”, Fraser no respalda esta acusación con ninguna cita o demostración que no sea el reconocimiento otorgado a Leland por haber ya demostrado que la determinación lacaniana del sujeto por el orden Simbólico es “necesaria, invariante e inalterable” (1992a: 57). Leland, por su parte, se apoya en un pasaje muy citado de “El Discurso de Roma” de Lacan:

*Los símbolos... envuelven la vida de un hombre en una red tan total que reúnen, antes de que él llegue al mundo, a aquellos que van a engendrarlo ‘por el hueso y por la carne’; tan total que aportan a su nacimiento... la forma de su destino; tan total que le otorgan las palabras que lo harán fiel o renegado; la ley de los actos que lo seguirán incluso hasta el mismo lugar donde todavía no está, y más allá de su misma muerte (Leland, 1992:123-4, citando a Lacan, 1977d: 68)*

Esta cita pareciera efectivamente presentar al orden Simbólico como el agente de la totalización. El problema es que la frase de Lacan no termina donde Leland pone el punto. En cambio, continúa luego de otro punto y coma con:

*y tan total que por ellos su fin encuentra su sentido en el juicio final donde el verbo absuelve su ser o lo condena – salvo que se alcance la realización*

Esta conclusión quiebra la totalización que pretende mostrar la cita truncada de Lacan; el crucial “salvo que” da lugar a una posible salida cuya versión elidida no admite. Podría objetarse que la oscura “realización subjetiva del ser-para-la-muerte” afecta sólo el “juicio final”, porque el punto y coma que lo precede delimita el alcance del “salvo que”, pero el punto y coma en sí mismo está ausente en el original francés. De hecho, no hay ningún punto y coma en la frase que Lacan escribió, sino sólo comas que conducen al guión, haciendo que de ese modo el alcance de la complicada oración final sea mucho menos definido:

*Les symboles enveloppent... la vie de l'homme d'un réseau si total qu'ils conjoignent avant qu'il vienne au monde ceux qui vont l'engendrer "par l'os et par la chair", qu'ils apportent à sa naissance... le dessin de sa destinée, qu'ils donnent les mots qui le feront fidèle ou renégat, la loi des actes qui le suivront jusque-là même où il n'est pas encore et au-delà de sa mort même, et que par eux sa fin trouve son sens dans le jugement dernier où le verbe absout son être ou le condamne –sauf à atteindre à la réalisation subjective de l'être-pour-la-mort (1966:279)*

Suprimir el “que se alcance la realización subjetiva del ser-para-la-muerte” ciertamente hace que el texto sea más fácil de leer y comprender, pero, como siempre ocurre con Lacan, la *producción* de la lectura fácil debería provocar una alarma inmediata. Él advierte explícitamente:

*Lo escrito se distingue por una prevalencia del texto en el sentido que se verá tomar aquí a ese factor del discurso, lo cual permite ese apretamiento que a mi juicio no debe dejar al lector otra salida que la de su entrada, la cual yo prefiero difícil (1977f: 146, énfasis en el original)*

El texto lacaniano es arduo, pero suavizarlo no hace más que subvertirlo. “Privar el pensamiento de Lacan del estilo con el que ha nacido, es falsearlo completamente y engañar al lector haciéndole creer que él sabe algo al respecto, cuando en realidad un aspecto esencial del trabajo se le escapa” (Juliette Boutonier, citado en Wilden, 1968a: viii). El problema de la lectura típico-ideal de Leland es que para suavizar el texto, lo trunca. El resultado es, en efecto, menos incorrecto que insuficiente; por consiguiente, mientras que la lectura del orden Simbólico como determinante de la subjetividad es acertada, lo es sólo de una manera limitada, porque no llega tan lejos como lo hace Lacan. El desplazamiento lacaniano de esta determinación, sutil pero central, queda cercenado cuando Leland lo “cita”, porque de ese modo ella omite cómo “esta ley [del orden Simbólico] es dominante, precede y sigue al hombre, y sería inexorable si no fuera porque el deseo introduce interferencias” (Muller y Richardson, 1982: 100, énfasis añadido).

El deseo, como esa intrusión Real en el orden Simbólico que interfiere con la inexorabilidad, es tanto el límite de la totalización efectuada por el Simbólico, como la marca de su insuficiencia constitutiva. Tal como Slavoj Žižek lo observa incisivamente, “Es ya una tesis lacaniana conocida que “el gran Otro (*esto es, el orden simbólico como una totalidad consistente y cerrada*) no existe”, y el sujeto se denota como  $\mathcal{S}$ , la S tachada, barrada, un vacío, un espacio vacío en la estructura del significante” (1989: 72, énfasis añadido). Así como hay una falta en el sujeto, hay ‘una falta en el Otro, inherente a su función misma de tesoro del significante’, de modo tal que, en el texto lacaniano, el matema para el gran Otro como el orden Simbólico cambia del perfectamente hermético – incluso monolítico – O al  $\emptyset$  (Lacan, 1977h: 316). Como reconocen Muller y Richardson, esta falta en el Otro es la “inconsistencia del orden simbólico cuando está penetrado por la *jouissance*” (Žižek, 1989: 123), la fuerza del deseo, la fluctuación continua del Real. El quid de la lectura típico-ideal sesgada de la subjetivación lacaniana es que omite especiosamente lo más crucial: la subjetividad no es sólo una cuestión del orden Simbólico, ni del Simbólico y del Imaginario especular lacaniano. Antes bien, la subjetividad se encuentra siempre ubicada en las continuas y concomitantes relaciones de los *tres órdenes*: el Simbólico, el Imaginario y el Real.

*No es el brazo largo de la ley el que determina la forma y el alcance de cada sujeto, sino, antes bien, algo que escapa a la ley y su determinación. No se puede argüir que el sujeto sea construido por el lenguaje y luego pasar por alto el hecho esencial de la duplicidad del lenguaje (Copjec, 1989: 238)*

La pretendida monoliticidad del orden Simbólico es, en consecuencia, doblemente errónea. El Simbólico es polivalente no sólo al interior de sí mismo (en el movimiento y en la multiplicidad del lenguaje) sino que también es polivalente hacia el exterior de sí mismo (en sus relaciones con los otros órdenes simbólicos). La propia polivalencia de lo Simbólico es polivalente ella misma.

Semejante multiplicidad iterativa contradice claramente el repudio de la lectura típico-ideal del Simbólico como

*un único universo de discurso tan sistemático, tan omnipresente, tan monolítico que no es siquiera posible concebir nada semejante a perspectivas alternativas, a lugares discursivos múltiples, a las luchas por los sentidos sociales, a las disputas entre las definiciones sociales hegemónicas y contra-hegemónicas, a los conflictos de interpretación de las necesidades sociales (Fraser, 1992a: 59)*

En cambio,

*Lo simbólico ubica a los seres humanos en relación con otros, y les da un sentido de su lugar en el mundo, y la habilidad de hablar y ser entendido por otros. Lo hace habilitándolos a distinguirse a sí mismos de los demás, y mediante el establecimiento de una relación con el lenguaje (Brennan, 1989:2, énfasis añadido)*

Entonces, lo que se revela como problemáticamente monolítico no es el orden Simbólico en sí mismo, sino el modo en que es definido por la lectura típico-ideal. “La tentativa de contener el significado del “Simbólico” al interior de límites estrictos – de definirlo - equivaldría a contradecir el pensamiento de Lacan puesto que él se niega a reconocer que el significante pueda estar permanentemente amarrado al significado” (Laplanche y Pontalis, 1988: 440). A pesar de ello, la condena típico-ideal del Simbólico se fundamenta precisamente en una tentativa semejante de contenerlo. Cuando el texto lacaniano finalmente contraría tales esfuerzos, al punto de manifestarlo irrefutablemente como lenguaje a la vez que como relaciones sociales, Fraser despreocupadamente se desdice y acusa a Lacan de utilizar subterfugios (1992a: 58)<sup>4</sup>: incluso cuando ataca al Simbólico por no dar lugar a “perspectivas alternativas” (1992a: 59), denuncia su polivalencia como un fracaso textual.

Según Jacques-Alain Miller, en quien Lacan ha confiado para editar sus seminarios, y Alan Sheridan, el traductor al inglés de los *Écrits*, el orden Imaginario es “el mundo, el registro, la dimensión de las imágenes, conscientes o inconscientes, percibidas o imaginadas”, mientras que el orden de lo Real consiste en “aquello con anterioridad a lo cual el imaginario falla, aquello sobre lo cual el Simbólico tropieza, aquello que es refractario, resistente. De ahí la fórmula “lo real es lo imposible””. En el último Lacan, según Miller y Sheridan, el Real adquiere una importancia crítica, como “aquello que falta en el orden Simbólico, el residuo ineliminable de toda articulación, el elemento forcluido, al cual es posible aproximarse, pero nunca asir” (Sheridan, 1977: ix-x). Tomados en conjunto, los tres órdenes “son categorías conceptuales diferentes que apuntan a cubrir las funciones y actividades del campo psicoanalítico” (Benvenuto y Kennedy, 1986: 81), y que consisten en una topología psíquica móvil que continúa – pero definitivamente no es isomorfa a – la familiar topografía freudiana del Ello, el Yo y el Superyó. Pero si el Simbólico, el Imaginario y el Real son todos órdenes, ¿qué significa el “orden” en el “orden Simbólico”?

Como la mayoría de los términos decisivos en la teoría lacaniana, “orden” no se ajusta a una definición, sino que se abre a una polisemia múltiple. Un orden no es sólo un sistema estructurado, es un nivel taxonómico, como en la distinción biológica entre clase, orden y familia; es un registro, un dominio, un campo; un mandato; es la Ley. Alexandre Leupin incluso lo llama “exigencia” (1991: 15). Así, a pesar de las inclinaciones de los lec-

tores típico-ideales, el “orden” del orden Simbólico tiene más de un sentido y más de un rango de alcance, tal como John Muller y William J. Richardson lo notaran: el orden Simbólico “es la estructura exhaustiva cuyos elementos discretos operan como significantes que se relacionan arbitrariamente con el/los significado/s... o, de manera más general, los órdenes a los que tales estructuras pertenecen, o, finalmente, la ley (i.e. el arquetipo fundamental) sobre la que este orden está basado” (1982: 88). Žižek llama campo ideológico a esa “estructura exhaustiva”, lo cual enfatiza su situación social y su contingencia (1989: 87-8). De modo tal que mientras que hay *un* orden Simbólico, en el sentido del dominio de las relaciones del lenguaje, no hay *un* orden Simbólico en el sentido de un lenguaje, tal como afirma Cameron (1985: 128). Al interior del orden-Simbólico-como-registro hay una multitud de órdenes-simbólicos-como-sistemas; su unidad como *el* Simbólico no niega la diversidad de sus órdenes.

Más aún, en la medida en que la lectura típico-ideal se basa en las connotaciones de “orden” para respaldar su concepción de la monoliticidad del Simbólico, debe necesariamente omitir el hecho de que el Imaginario y el Real son asimismo órdenes, porque argumentar que alguno de estos últimos es una estructura única, monolítica y fija, resultaría absurdo. Una de las maneras en que se hace manifiesta esta táctica retórica es la utilización única, unificada (¿me atreveré a decir monolítica?), del significante el “orden Simbólico”, por un lado, y la llamativamente truncada utilización del significante “el Imaginario” (y, en las pocas ocasiones cuando se lo menciona, “el Real”), por el otro. La lectura típico-ideal, al privar al Imaginario de su “orden” textual, lo cercena del Simbólico. Y aquí cercenamiento no es mejor que la mutilación – o que la castración.

De manera análoga, la lectura típico-ideal de Leland aísla el Imaginario confinándolo al estadio del espejo, en la conocida reducción del otro a la madre. La autora sostiene que “Lacan divide este proceso [de adquisición de la identidad sexual] en dos estadios principales – lo Imaginario y lo Simbólico. Lo Imaginario corresponde al período pre-edípico gobernado por una relación diádica entre la madre y el niño” (1922: 123). De este modo, comete múltiples errores. Primero, ni lo Imaginario ni lo Simbólico son estadios de desarrollo. Segundo, Leland confunde el registro Imaginario y la identificación Imaginaria como un proceso con el estadio del espejo. Tercero, la identificación Imaginaria también ocurre después del pasaje edípico. Cuarto, la relación Imaginaria no se limita a la madre y al niño (véase Žižek, 1989).

Las identificaciones imaginarias continúan produciéndose y disolviéndose a lo largo de la vida del sujeto, mucho después de haber atravesado el pasaje edípico y del ingreso concomitante al orden Simbólico. Esto contradice la supuesta totalización del sujeto por el Simbólico. Como Kaja Silverman observa, el orden Imaginario

*no sólo precede el orden simbólico, el cual introduce el sujeto al lenguaje y a la triangulación edípica, sino que después continúa coexistiendo con él. Ambos registros se complementan entre sí, el Simbólico estableciendo las diferencias que son una parte esencial de la existencia cultural, y el Imaginario haciéndole posible el descubrimiento de correspondencias y de homologías (1983: 157)*

Mucho después de que el estadio del espejo llegue a su término, el Imaginario y el Simbólico se encuentran “tan estrechamente imbricados como para ser virtualmente inseparables” (Silverman, 1983: 162). Entonces, “cada uno de los órdenes lacanianos se comprende mejor como un centro gravitacional fluctuante para sus argumentos que como un concepto estable; en cualquier momento cualquiera de ellos podría estar implicado en la redefinición de los demás” (Bowie, 1979: 132-3). El Lacan más tardío hace que el reduccionismo típico-ideal se vuelva aún más problemático; en la medida en que postula el *cuarto* registro constitutivo, el del Symptom, al cual describe como el orden unificador decisivo (Leupin, 1991:15; Ragland-Sullivan, 1986: 130, 258-66; Turkle, 1992: 228). Este es el modo mediante el cual Lacan sustituye la intimidad del Real, el Simbólico y el Imaginario por el nudo Borromeo, una formación de anillos entrelazados de modo tal que si alguno de ellos se soltara, los demás se soltarían también, deshaciendo totalmente la configuración. El problema con la lectura “típico-ideal” de Lacan, en su obsesión por el Simbólico y su huida del Real, es que realiza ese corte castrador una y otra vez.

## GRANDIOSIDAD NARCISISTA Y PUESTA ENTRE PARÉNTESIS DE LA FIDELIDAD DE LA LECTURA

La lectura típico-ideal no tendrá relación alguna con los nudos Borromeos, porque tampoco la tendrá con el orden de lo Real. Lo Real es una noción cuya dificultad es reconocida, incluso para los estándares lacanianos, pero esa dificultad no justifica en modo alguno su exclusión típico-ideal. Es llamativo que mientras que Fraser hace gran hincapié en los pecados del Simbólico, menciona sólo una vez el Imaginario, y ni una sola vez el Real<sup>5</sup>. Cameron (1985) nunca hace referencia al Real en su discusión de Lacan y del lenguaje. Leland confunde el orden Imaginario con el estadio del espejo laciano, interpreta de manera errónea la relación entre el Simbólico y el Imaginario, define el Imaginario como un estadio del Simbólico, como si fuera tanto un estadio como un orden, e ignora absolutamente el Real (1992: 89-90). Flax no sólo confunde “real” en el sentido de su definición banal de realidad con lo Real como orden, sino que también define lo Real como “la estructura y los efectos del lenguaje” (1990a: 103,101), lo cual contradice directamente a Miller y a Sheridan. No obstante, es en otro registro, el del Imaginario, donde Flax realiza el movimiento más asombroso – condena a Lacan por lo que ella denomina su “grandiosidad narcisista” infantil (1990a: 92, 94).

Flax interpreta que Lacan es narcisista tanto en estilo – “como todo universo de un narcisista, los escritos de Lacan a menudo se asemejan a una serie de imágenes autorreferenciales opacas” (1990a: 92) – como en sustancia – “transforma el concepto freudiano de narcisismo en una incontestable teoría ontológica sobre la naturaleza humana” (1990a: 91). Según Lacan, el narcisismo es inescindible precisamente de las “imágenes auto-referenciales” del orden Imaginario, dado que “el Imaginario es... la estructura narcisística de los investimentos que transforma la imagen de la otredad en una representación del Yo” (Grosz, 1989: xviii). Por consiguiente, Flax argumenta que el Imaginario es el registro supremo y determinante de la subjetividad, y que el registro Simbólico sólo lo complementa: “Lacan intenta persuadirnos de que el narcisismo es el estado natural del ser humano”, pero mientras que el “giro lingüístico” laciano pareciera otorgar una consideración mayor a las fuerzas contingentes (incluidas las relaciones de género) al interior del psicoanálisis y de la cultura”, en realidad “clausura muchas preguntas prometedoras acerca de la “inevitabilidad” del malestar en la cultura que Freud sugiere” (1990a: 93, 91). De esta manera, la lectura de Flax acusa al orden Imaginario de la misma omnipresencia y totalización que Fraser y Leland le atribuyen al Simbólico. Esta acusación es bastante irónica, si se tiene en cuenta que otras feministas identificaron a las mujeres con el Imaginario Laciano. Sin embargo, Flax está en lo cierto – pero sólo hasta cierto punto, en la ahora familiar calificación de la lectura típico-ideal. La totalización por el Imaginario laciano, como una especular unificación por identificación, es una verdad parcial, ya que esta unificación-como-gestalt es la esencia del famoso estadio del espejo (Lacan, 1977b). Más aún, la unificación Imaginaria es efectivamente asegurada por una estabilización específica del Simbólico. Pero a través de su verdad sólo parcial, Flax oculta y contradice aquella más profunda que, en contraste, capta Martin Jay: “la perpetua y continua logorrea del simbólico” es el movimiento que rompe “la totalización perceptiva del imaginario” (1993: 41), dado que la estabilización del Simbólico es insostenible. El punto decisivo del estadio del espejo es que la especiosidad de esta totalización imaginaria indica una escisión constitutiva del sujeto.

Lo que Flax no admitirá es que en la teoría laciana el destino de la identificación Imaginaria no es la supremacía, sino el fracaso. De manera irónica, escribe que su “lectura de los textos de Lacan está... influida por una negación a ver las cosas exactamente como Lacan las ve” (1990a: 92). Esto es cierto. Es sólo negándose a ver la fuerza descentradora del Simbólico – ejecutando así el movimiento quintaesencial de la lectura típico-ideal que consiste en elidir a Lacan – que puede afirmar que “Lacan recrea el mito del yo monádico, incorpóreo y aislado” (1990b: 118).

Para sostener su argumento de que Lacan es narcisista, Flax cita al narcisismo en persona: “No es posible tensionar demasiado el carácter irreductible de la estructura narcisística... el momento narcisista del sujeto tiene que ser hallado en todas las fases genéticas del individuo, en todos los niveles de los logros humanos de una persona” (Flax, 1990a: 93, citando a Lacan, 1977c: 24). Esta supuesta ubicuidad del Imaginario repite

formalmente la supremacía del Simbólico que Leland citó equivocadamente (“Los símbolos... envuelven la vida de un hombre en una red tan total...”). Cuando Flax lee a Lacan, descubre su ontología narcisista; cuando Fraser lee a Lacan a través de Leland, encuentra su simbolicismo – todos distintos medios para el mismo desdeñoso fin. Sin embargo, estas verdades declaran que las jerarquías del Imaginario y del Simbólico son inconmensurables: narcisismo y simbolicismo. No obstante eso, si los pasajes citados de los *Écrits* fueran leídos con y contra sí mismos, en lugar de ser extractados separadamente, sus declaraciones de verdad se disolverían en la sugerencia de que tanto el Simbólico como el Imaginario son dominantes, sin ser totalizantes – especialmente ante la conspicua ausencia del Real. Ésta es la lección lacaniana fundamental según la cual ningún elemento constitutivo del nudo Borromeo de la subjetividad puede totalizar el conjunto, a pesar de las aparentes inflexiones contradicciones de los fragmentos textuales de los que se ocupan Fraser y Leland.

Puesto que el texto lacaniano envuelve tales contradicciones, cualquier valoración del mismo basada en una pequeña selección de citas, debe resultar sospechosa. En consecuencia, una lectura circunspecta debe ser tentativa e idónea. No pretendo sostener que mi propia lectura se eleva por aquella falibilidad. La dificultad de leer a Lacan significa suponer con anticipación que se producirán lecturas reduccionistas equivocadas – pero eso no significa que deban ser aceptadas. Antes bien, significa que las lecturas que más gala hacen de su confianza en sí mismas deberían ser las que se sometan a un escrutinio más minucioso. El problema general de la lectura típico-ideal de Lacan es que toma ciertos aspectos de su teoría, los cuales son suficientemente certeros como tales, y los presenta como indicadores confiables de la teoría en sentido amplio, cuando en realidad no lo son. La sinécdoque es aquí característica, lo cual hace que la seguridad retórica de la lectura “típico-ideal” sea altamente sospechosa. La voz confidente de Flax, afirmando que “por supuesto Lacan supone (¿como el niño?) que la madre misma es una narcisista...” (1990a: 98), difícilmente podría contrastar de manera más marcada con el carácter tentativo de Muller y Richardson: “Comprender [la escritura de Lacan] no es exactamente una conjetura, es, antes bien, una tarea muy precaria, y compartir nuestras impresiones con la lectura pública tal vez sea un completo despropósito” (1982:415). A pesar de ello, la certeza de las impugnaciones de Lacan es comprensible, aunque totalmente injustificada. Flax no podría desafiar la *doxa* y sostener que Lacan no descentra el sujeto, si no plantea simultáneamente que ella sabe cómo leerlo mejor (1990a: 107, 93). Fraser encontraría dificultad para convencer a las/os feministas de no tener relación con Lacan si confesara tímidamente que tal vez no lo haya captado correctamente, o si admitiera que “los textos de Lacan son oportunidades para discusiones vigentes, incluso para polémicas actuales, en lugar de depósitos de cualquier significado que pudiera ubicarse más allá de la controversia” (MacDonald, 1990:125). El absolutismo y la univocidad del texto de Fraser son irónicos, dada la reprimenda que dirige a Lacan a este respecto, pero son completamente necesarios para su postura. La tarea que se ha propuesto es incluso más difícil que la exégesis de los *Écrits* de Lacan asumida por Muller y Richardson. Con el objeto de justificar su rechazo a Lacan, Fraser debe demostrar que no hay siquiera una lectura posible que podría serle útil al feminismo. El camino más viable para lograr su misión es sostener que ha leído a Lacan de manera autorizada, que ella captó su verdad. En otras palabras, ella debe presentar su lectura como la totalización del Simbólico.

La gran ironía, entonces, es que el rechazo típico-ideal del orden Simbólico resume puramente al Simbólico en sí mismo. Primero, la lectura típico-ideal se contextualiza al interior del orden Simbólico, como registro del lenguaje. Segundo, la lectura típico-ideal se presenta a sí misma como la verdad, como totalización. Tercero, a pesar de tal presentación, la lectura típico-ideal es radicalmente contingente en ciertas elisiones clave – se produce a partir y en dependencia su propia falta constitutiva<sup>6</sup>. Finalmente, la lectura típico-ideal en última instancia titubea respecto de la falta, respecto de la intrusión del Real. A pesar de la denodada resistencia, el Simbólico insiste por sí mismo en su rechazo; brinda las palabras que hacen fieles y renegados a sus comentaristas e interpelados.

Es este titubeo el que termina siendo decisivo en el texto de Fraser. Ella admite explícitamente que tal vez no cumpla con su mandato implícito de totalizar a Lacan. Consideremos el contexto de la cita de Fraser que abrió este artículo:

*Intentaré ilustrar [los problemas de la teoría del discurso postestructuralista] a través de una breve discusión con la obra de Jacques Lacan. O mejor, los ilustraré mediante la reconstrucción y la crítica de una lectura típico-ideal de Lacan que creo que se ha generalizado entre las feministas angloparlantes. Al hacerlo, pondré entre paréntesis el problema de la fidelidad de esta lectura, la cual podría acusarse de exagerar la centralidad del falocentrismo presente en la concepción lacaniana del orden Simbólico y de sobre-enfatizar la influencia de Saussure a expensas de otras que la contrarrestarían, como la de Hegel (1992a: 56, énfasis añadido)*

Esto no es sólo una pasmosa y reveladora caracterización de su argumento típico-ideal, sino que es también un intento de cubrir la insuficiencia constitutiva de su lectura típico-ideal. Esta cita es del artículo “Los usos y abusos de las Teorías francesas del Discurso para la Política Feminista”, publicado en 1992 en *Theory, Culture & Society*, pero una versión previa del mismo artículo fue publicada con el mismo título dos años antes, en *boundary 2* (Fraser, 1990). Esta versión anterior es idéntica a la versión más reciente en casi todos los aspectos – con la crucial ausencia de las oraciones que aparecen en cursiva en el párrafo anterior. De este modo, la versión *boundary 2* se presenta a sí misma abiertamente como una crítica a Lacan, sin mención alguna de lecturas típico-ideales. En ese contexto, la versión de *Theory, Culture & Society* parecería estar concediendo que su lectura previa de Lacan fue en algunos aspectos injusta. Sin embargo, éste no resultó ser el caso. Todavía una tercera versión (Fraser, 1992b) es compendiada en la antología *Revaluating French Feminism*, de la cual la misma Fraser es co-editora. El texto del artículo en sí mismo difiere de la versión de *Theory, Culture & Society* sólo en algunos puntos menores. Sin embargo, en la introducción del libro, Fraser escribe que el artículo

*elabora las objeciones al estructuralismo por vía de las discusiones críticas con Lacan y Kristeva. A pesar de que ambos teóricos están ampliamente considerados "postestructuralistas", considero que en importantes aspectos continúan el legado estructuralista. En el caso de Lacan, esto adquiere la forma de lo que denomino "simbolicismo": 'la reificación homogenizante de diversas prácticas significantes en un "orden Simbólico" monolítico y omnipresente' (1992c: 15-16)*

De modo que a pesar de desplazar ostensiblemente su crítica a Lacan hacia una lectura típico-ideal, Fraser continúa apuntando a Lacan – lo cual invalida la “puesta entre paréntesis” defensiva de su fidelidad en *Theory, Culture & Society*. Claramente, todavía sostiene que su lectura del orden Simbólico lacaniano como simbolicista es exacta, lo cual significa que fracasa en otro terreno más serio que aquel en que basa su exageración del falocentrismo y su omisión de Hegel. Si no va a hacerse responsable por la justicia o la injusticia de la lectura típico ideal en que basa su crítica, ¿cómo podría cualquier feminista tomar seriamente su invectiva de proscribir a Lacan? Fraser misma ha logrado sin darse cuenta lo que este artículo se proponía hacer, esto es, demostrar que la lectura típico-ideal de Lacan se sostiene solamente por medio de la elisión más sospechosa.

## **INCOMPRESIÓN CRECIENTE Y ASCENSO DEL FEMINISMO LACANIANO**

Para feministas no-ideales y atípicas como yo, lo que es particularmente revelador es que Fraser comienza su polémica con un reconocimiento de la inflorescencia del feminismo lacaniano: “Durante algunos años observé con incompreensión creciente la cantidad cada vez más elevada de estudiosos/as del feminismo que pretendieron utilizar o adaptar la teoría de Jacques Lacan con propósitos feministas” (1992<sup>a</sup>: 51). Fraser, por supuesto, quiere desplazar la responsabilidad de su falta de comprensión hacia aquellas otras feministas; he argumentado que ésta debería permanecer en ella misma y en sus simpatizantes típico-ideales. Sin embargo, si bien la incapacidad particular de alguien para comprender la teoría lacaniana (o cualquier otra) no es nunca

**DIFERENCIA(S)** revista de teoría social contemporánea

un parámetro suficiente para determinar la inutilidad de esa teoría para el feminismo, la pregunta que permanece formulada es su correlato positivo: ¿cuál es, entonces, la relevancia y la utilidad de Lacan para la teoría y la política feminista?

Como la propia Fraser admite – incluso aunque no lo comprenda – la respuesta la provee de diversas maneras el número elevado y creciente de feministas atraídas por Lacan. Su trabajo es muy vasto y diverso para resumirlo adecuadamente aquí, pero algunas menciones resultarán sugerentes. Jane Gallop (1982, 1985, 1989) desarrolla una práctica de lectura feminista y lacaniana. Eugénie Lemoine-Luccioni (1987) realiza un análisis lacaniano de las mujeres y el embarazo. Carolyn J. Dean (1992) examina el rechazo post-estructuralista del concepto humanista de “hombre”, abordando de manera conjunta a Lacan y a Bataille. Diana Fuss (1989) se basa en Lacan para su influyente estudio de la diferencia y el esencialismo. Ellie Ragland-Sullivan (1991) utiliza a Lacan para analizar la mascarada de la sexualidad. Joan Copjec (1994) comienza una lectura lacaniana del amamantamiento. Teresa Brennan usa a Lacan para abrir la convergencia entre lo social, lo psíquico y lo físico en la noción de feminidad (1992), y para re-leer a Marx a través de la ecología (1993).

Elizabeth Grosz describe los parámetros de esta clase de teorización:

*Un feminismo interesado en el problema de la subjetividad, el conocimiento y el deseo puede permitirse ignorar la obra de Lacan a su propio riesgo. Su obra se encuentra entre las consideraciones de la subjetividad de más amplio alcance, más filosóficamente fundamentada, más incisiva y autocrítica que se haya producido al interior de nuestra historia intelectual. (1990: 191)*

Aun siendo sin duda evidente que el feminismo se ha interesado profundamente en estas cuestiones, Fraser desestima académicos, como aquellos listados previamente, como “escritores demasiado acrílicos de o que están capturados por las premisas (y el estilo) de Lacan” (1990a: 246 n1). Una caracterización tan poco idónea deja escapar el filo decisivo que Grosz, en contraste, logra asir con firmeza: “las/os feministas no pueden permitirse ni aceptar ni *rechazar* la obra de Lacan” (1990: 192, énfasis añadido). Lo que se les escapa tanto a Fraser como a Flax es que no hay necesidad de ningún compromiso con Lacan para ser pasivo o sumiso. En oposición a la lectura típico-ideal de Lacan, yo no rechazo la crítica a Lacan per se, sino que simplemente la mala crítica. La lectura típico-ideal es muy pobre en comparación a las respuestas prominentes de feministas tales como Irigaray (1985a, 1985b, 1991) y de Laurentis (1994), cuyas críticas agudas y a menudo severas han tenido amplia relación con Lacan.

En la actualidad, algunas de las teorías feministas más apasionantes recurren a aquella ambivalencia crítica, especialmente en el área de la subjetividad, de la sexualidad, la performatividad, la identidad, el deseo y el cuerpo. Grosz (1994) ha considerado recientemente la construcción del cuerpo femenino. El replanteo lacaniano de la feminidad (1988) y de la masculinidad (1992b) elaborado por Kaja Silverman a través de la teoría cinematográfica se complementa con su deconstrucción del falo lacaniano (1992a). Asimismo, el brillante trabajo de Judith Butler (1990, 1991, 1992, 1993) sobre la performatividad del sexo está profundamente influenciado por Lacan, pero es a la vez crítico de él.

A pesar de la engañosa oposición que hace Fraser entre el ‘estructuralismo’ lacaniano y su propia ‘pragmática’, esta nueva oleada psicoanalítica-feminista tiene una sensibilidad sumamente pragmática. Consideremos la declaración fundacional de la nueva Association for *the Psychoanalysis of Culture & Society*, asociación que es marcadamente lacaniana:

*La Asociación está dedicada tanto al diagnóstico de las enfermedades psicológicas que subyacen a los problemas sociales, como al desarrollo de un tratamiento psicoanalítico de estas enfermedades a nivel colectivo a través de la crítica cultural, la educación, y otras prácticas... Tomar en consideración los factores psicológicos que son las causas inmediatas de conductas destructivas tales como la violencia, el abuso de drogas, y la intolerancia étnica, racial y sexual, puede producir resultados que otros programas sociales, políticos y económico no generan por sí mismos (APCS, 1995)*

Considero que el futuro de la teoría feminista y de la teoría política será impulsado menos por cualquier comprensión o abuso de la “teoría francesa del discurso” fraseriana, que por elaboraciones profundas y diversas, por prácticas y críticas al psicoanálisis lacaniano. Más aún, contradiciendo directamente a Fraser, la potencia de tales análisis psicoanalíticos residirá justamente en su falta de monoliticidad. Como el propio Lacan escribe:

*Todo lo que puedo hacer es decir la verdad. No, no es así — erré el tiro. No hay verdad que, en su paso por la conciencia, no mienta.  
Pero uno corre tras ella a pesar de todo (1981, vii)*

## NOTAS

Este artículo fue posible en parte gracias a la beca de investigación del *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada*, cuya colaboración es reconocida con gratitud. También se benefició de las sugerencias de Richard Cavell y de Nancy Frelick.

**1** Fraser también acusa a Lacan de "psicologismo", la "insostenible concepción según la cual los imperativos psicológicos son autónomos e independientes de la cultura y de la historia, y pueden dictar los modos en que se los interpreta y se los cumple al interior de éstas" (1992a: 57). A pesar de la implacable antipatía de Lacan hacia la psicología, hay cierto mérito en las acusaciones de "psicologismo" que le dirige Fraser; sin embargo, su argumento no deja de ser altamente problemático. Estas cuestiones, no obstante, exceden el campo de este ensayo.

**2** El *Glissement* (deslizamiento) tiene el sentido de *glissement* de sense. Según Lacan, el deslizamiento de la cadena significante es interrumpido por la instalación de un *point de capiton*, o 'punto de anclaje', un punto semejante a un botón de un colchón o a la intersección en un acolchado 'donde hay un "almohadillado" (*capitonage*) de sentido, no respecto de un objeto sino por "referencia retroactiva" respecto de una función simbólica' (Wilden, 1968b: 273). Sin embargo, Lacan también sostiene que el *point de capiton* es totalmente mítico (en Nancy y Lacoue-Labarthe, 1992:55).

**3** Para una elaboración más completa y elegante acerca de Lacan y la historia, ver Brennan (1993) y Copjec (1994).

**4** Fraser es aquí poco cuidadosa con su fuente. Escribe que 'como Deborah Cameron lo notara, Lacan es equívoco con la expresión 'orden Simbólico' (1992a: 57). Sin embargo, lo que Cameron realmente escribe es: 'Es importante notar una leve confusión que puede generarse fácilmente alrededor de la noción de orden simbólico. Algunas veces, en la escritura lacaniana (*que no es la misma cosa que la escritura de Lacan*) esto pareciera significar la totalidad de las prácticas sociales y culturales, incluyendo el lenguaje, mientras que otras veces pareciera reducirse al lenguaje en sí mismo' (1985: 123, énfasis añadido). De este modo, Cameron le atribuye explícitamente la 'confusión' sobre el Simbólico a la escritura sobre Lacan, la cual se distingue de la propia escritura de Lacan.

**5** Fraser incluso interpreta equivocadamente el Imaginario cuando escribe: 'Para Lacan, la asociación cae bajo la rúbrica del Imaginario. Asociarse con otros, entonces, cooperar con otros en un movimiento social, sería caer preso del ego imaginario' (1992a: 59). Esto es casi completamente falso. Cualquier asociación grupal, justamente por ser intersubjetiva, concierne en primer lugar al Simbólico (aunque la superposición del Imaginario y el Simbólico signifique que el primero estará implicado). Incluso Deleuze y Guattari en la famosa crítica a Lacan que realizan en el 'Anti-Edipo', vinculan el Simbólico con el grupo (1983: 62). En su acceso al Simbólico, el sujeto hace suyo un ego simbólico, un lugar en el orden social. La afiliación grupal es el lugar de este ego simbólico. Véase Žižek (1989: 105-10).

**6** Hay un cuarto paralelo, en el hecho de que la lectura típico-ideal se presenta también como ley, cuando produce el edicto según el cual las/os feministas no deberían tener relación alguna con Lacan, pero ese aspecto del orden Simbólico no es objeto de este escrito.

## BIBLIOGRAFÍA

- APCS (The Association for the Psychoanalysis of Culture & Society) (1995) "Call for Papers: Psychoanalysis and Postcolonialism: Nation, Identity, Self."
- BENVENISTE, E. (1971) *Problems in General Linguistics*. Coral Gables, FL: University of Miami Press.
- BENVENUTO, B., KENNEDY, R. (1986) *The Works of Jacques Lacan: An Introduction*. London: Free Association Books.
- BOWIE, M. (1979) "Jacques Lacan", en John Sturrock (ed.), *Structuralism and Since*. Oxford: Oxford University Press.
- BRENNAN, T. (1989) "Introduction" in Teresa Brennan (ed.) *Between Feminism and Psychoanalysis*. London: Routledge.
- BRENNAN, T. (1992) *The Interpretation of the Flesh: Freud and Femininity*. London: Routledge.
- BRENNAN, T. (1993) *History After Lacan*. London: Routledge.
- BUTLER, J. (1990) *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. London: Routledge.
- BUTLER, J. (1991) "Imitation and Gender Insubordination", in Diana Fuss (ed.), *inside/out: Lesbian Theories, Gay Theories*. New York: Routledge.
- BUTLER, J. (1992) "The Lesbian Phallus and the Morphological Imaginary", *differences* 4(1): 133-71.
- BUTLER, J. (1993) *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "Sex"*. New York: Routledge.
- CAMERON, D. (1985) *Feminism and Linguistic Theory*. London: Macmillan.
- COPJEC, J. (1989) "Cutting up", in Teresa Brennan (ed.), *Between Feminism and Psychoanalysis*. London: Routledge.
- COPJEC, J. (1994) *Read My Desire: Lacan Against the Historicists*. Cambridge, MA: MIT Press.
- DEAN, C. J. (1992) *The Self and Its Pleasures: Bataille, Lacan and the History of the Decentered Subject*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- DE LAURETIS, T. (1994) *The Practice of Love: Lesbian Sexuality and Perverse Desire*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- DELEUZE, G., GUATTARI, F. (1983) *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- FELMAN, S. (1987) *Jacques Lacan and the Adventure of Insight: Psychoanalysis in Contemporary Culture*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- FLAX, J. (1990a) *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism, and Postmodernism in the Contemporary West*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- FLAX, J. (1990b) "Signifying the Father's Desire: Lacan in a Feminist's Gaze", in Patrick Colm Hogan and Lalita Pandit (eds), *Criticism and Lacan: Essays and Dialogue on Language, Structure, and the Unconscious*. Athens, Ga: University of Georgia Press.
- FRASER, N. (1990) "The Uses and Abuses of French Discourse Theories for Feminist Politics", *boundary 2* 17(2): 82-101.
- FRASER, N. (1992a) "The Uses and Abuses of French Discourse Theories for Feminist Politics", *Theory, Culture & Society* 9: 51-71.
- FRASER, N. (1992b) "The Uses and Abuses of French Discourse Theories for Feminist Politics", in Nancy Fraser and Sandra Lee Bartkey (eds), *Revaluing French Feminism*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- FRASER, N. (1992c) "Introduction: Revaluing French Feminism", in Nancy Fraser and Sandra Lee Bartkey (eds), *Revaluing French Feminism*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- FREUD, S. (1976) *The Interpretation of Dreams*. London: Penguin.
- FUSS, D. (1989) *Essentially Speaking: Feminism, Nature and Difference*. New York: Routledge.
- GALLOP, J. (1982) *The Daughter's Seduction: Feminism and Psychoanalysis*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- GALLOP, J. (1985) *Reading Lacan*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- GALLOP, J. (1989) "Moving Backwards or Forwards", in Teresa Brennan (ed.), *Between Feminism and Psychoanalysis*. London: Routledge.
- GROSZ, E. (1989) *Sexual Subversions: Three French Feminists*. Sidney, Australia: Allen & Unwin.
- GROSZ, E. (1990) *Jacques Lacan: A Feminist Introduction*. London: Routledge.
- GROSZ, E. (1994) *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- IRIGARAY, L. (1985a) *Speculum of the Other Woman*, translated by Gillian C. Gill. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- IRIGARAY, L. (1985b) *This Sex Which is Not One*, translated by Catherine Porter. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- IRIGARAY, L. (1991) *The Irigaray Reader*, Margaret Whitford (ed.). Oxford: Blackwell.
- JAKOBSON, R., MORRIS, H. (1956) *Fundamentals of Language*. The Hague: Mouton.
- JAY, M. (1993) "Is there a Poststructuralist Ethics?", in Martin Jay, *Force Fields: Between Intellectual History and Cultural Critique*, London: Routledge.
- LACAN, J. (1966) "Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse", in *J. Lacan, Écrits*. Paris: Éditions du Seuil.
- LACAN, J. (1977a) *Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977b) "The Mirror Stage as Formative of the Function of the I as Revealed in Psychoanalytic Experience", in *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977c) "Aggressivity in Psychoanalysis", in *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977d) "The Function and Field of Language in Psychoanalysis", in *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977e) "The Freudian Thing, or the Meaning of the return of Freud in Psychoanalysis", in *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977f) "The Agency of the Letter in the Unconscious or Reason since Freud", in *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977g) "On a Question Preliminary to any Possible Treatment of Psychosis", in *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1977h) "The Subversion of the Subject and the Dialectic of Desire in the Freudian Unconscious", *J. Lacan, Écrits: A Selection*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1981) *The Four Fundamental Concepts of Psycho-Analysis*, translated by Alan Sheridan. New York: Norton.
- LACAN, J. (1988) *The Seminar of Jacques Lacan: Book I: Freud's Papers on Technique, 1953-1954*, translated by John Forrester. New York: Norton.
- LAPLANCHE, J., PONTALIS, J.B. (1988) *The Language of Psychoanalysis*. London: Karnak Books and the Institute of Psycho-Analysis.
- LELAND, D. (1989) "Lacanian Psychoanalysis and French Feminism: Toward an Adequate Political Psychology", *Hypatia* 3(3): 81-103.
- LELAND, D. (1992) "Lacanian Psychoanalysis and French Feminism: Toward an Adequate Political Psychology", in Nancy Fraser and Sandra Lee Bartkey (eds), *Revaluing French Feminism*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- LEMOINE-LUCCIONI, E. (1987) *The Dividing of Women or Woman's Lot*, translated by Marie-Laure Davenport and Marie-Christine Reguis. London: Free Association Books.
- LEUPIN, A. (1991) "Voids and Knots in Knowledge and Truth", in Alexandre Leupin (ed.), *Lacan and the Human Sciences*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- MACDONALD, D.L. (1990) "Doing that Freudian Thing: Six Readers Reading Jacques Lacan", *American Imago* 47: 125-43.
- MULLER, J. P., RICHARDSON, W. J. (1982) *Lacan and Language: A Reader's Guide to Écrits*. New York: International Universities Press.
- NANCY, J., LACOUÉ-LABARTHE, P. (1992) *The Title of the Letter: A Reading of Lacan*. New York: State University of New York Press.
- RAGLAND-SULLIVAN, E. (1986) *Jacques Lacan and the Philosophy of Psychoanalysis*. Urbana, IL: University of Illinois Press.
- RAGLAND-SULLIVAN, E. (1991) "The Sexual Masquerade: A Lacanian Theory of Sexual Difference", in Ellie Ragland-Sullivan and Mark Bracher (eds), *Lacan and the Subject of Language*. New York: Routledge.
- SAUSSURE, F. (1959) *Course in General Linguistics*, translated by Wade Baskin. New York: McGraw-Hill.

## DIFERENCIA(S) revista de teoría social contemporánea

- SHERIDAN, A. (1977) "Translator's Note", in *Jacques Lacan, Écrits: A Selection*. New York: Norton.
- SILVERMAN, K. (1983) *The Subject of Semiotics*. New York: Oxford University Press.
- SILVERMAN, K. (1988) *The Acoustic Mirror: The Female Voice in Psychoanalysis and Cinema*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- SILVERMAN, K. (1992a) "The Lacanian Phallus", *differences* 4(1): 84-115.
- SILVERMAN, K. (1992b) *Male Subjectivities at the Margins*. New York: Routledge.
- TURKLE, S. (1992) *Psychoanalytic Politics: Jacques Lacan and Freud's French Revolution*, 2nd edn. New York: Free Association Books/Guilford Press.
- WILDEN, A. (1968a) "Translator's Introduction", in *Jacques Lacan, The Language of the Self*. New York: Norton.
- WILDEN, A. (1968b) "Lacan and the Discourse of the Other", in *Jacques Lacan, The Language of the Self*. New York: Norton.
- WRIGHT, E. (1989) "Thoroughly Postmodern Feminism Criticism", in Teresa Brennan (ed.), *Between Feminism and Psychoanalysis*. London: Routledge.
- ŽIŽEK, SLAVOJ (1989) *The Sublime Object of Ideology*. London: Verso.
- ŽIŽEK, SLAVOJ (1992) *Enjoy Your Symptom! Jacques Lacan in Hollywood and Out*. New York: Routledge.